

## **LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS Y LA FUNCION DEL ECONOMISTA**

(Palabras del Decano de la Facultad Dr. MANUEL AGUSTIN AGUIRRE, pronunciadas en la Sesión Solemne de conmemoración del XV aniversario de la Escuela de Economía.

Señores Miembros del Consejo Directivo de la Facultad, señores Profesores y estudiantes, señoras y señores:

Cada año nos toca, en una especie de examen de conciencia, hacer el balance de la vida de nuestra Facultad de Ciencias Económicas y su Escuela de Economía; cada año nos toca meditar sobre el camino recorrido, ratificar o rectificar nuestros objetivos y hacer nuestros propósitos de superación para el futuro.

En este año, como en los anteriores, tenemos que decir con modestia, pero con fe inquebrantable en los altos destinos de nuestra Facultad, que esta querida Institución sigue un ritmo ascendente de mejoramiento y superación continuos; que su funcionamiento es, cada vez más, eficiente y que el prestigio que ha ganado ya dentro y fuera de la Universidad, a costa de continuo esfuerzo, de persistencia y serena maduración, ha ido acentuándose continuamente, hasta colocarla en el sitio que le corresponde, como a la forjadora del pensamiento y de los hombres llamados a conducir la economía del país.

¿Cuáles son las razones que han determinado esta marcha firme y ascensional de nuestra Facultad? ¿Dónde está la clave de sus todavía limitados pero ya efectivos éxitos, que tienen que ir creciendo en el futuro?

En primer término, ésto lo debemos a la unidad que la Facultad ha sabido mantener entre todos sus componentes; unidad indestructible entre los Dirigentes, Profesores, empleados, estudiantes y egresados; unidad basada en la comprensión mutua, en la sinceridad abierta, soldada por el anhelo permanente de hacer de nuestra Organización una de las más prestigiosas, dignas y respetadas de la Universidad Central. Entre nosotros no ha existido ni ha podido existir oposición ni pugna; no han nacido ni podido nacer las fisuras internas que menoscaban y debilitan la marcha institucional, porque todos y cada uno de los hombres que formamos filas en la Escuela de Economía, aunque podamos haber cometido pequeños errores circunstanciales, irremediabiles en la construcción de una obra tan vasta, hemos actuado movidos por un solo impulso generoso, por una sola finalidad sincera, por un ideal que jamás hemos traicionado, el de elevar, prestigiar y perfeccionar nuestra Institución.

Si ha sido necesario proceder a la modificación de algún rumbo; si se encontró conveniente la rectificación de algún error; si hubo que realizar cambios, sobre la marcha, de nuestros planes o programas de estudio, para ajustarlos, cada vez más, a nuestra realidad viviente; si llegó a ser indispensable el desplazamiento de un Profesor que se quedara rezagado en la marcha ascensional de la Facultad, o que exigir al personal docente y al estudiantado un mayor sentido de responsabilidad en el cumplimiento del deber, lo hicimos con toda decisión y entereza, porque estábamos seguros de encontrar en todas partes un deseo verdadero de mejoramiento y superación; una solidaridad real y fecunda; la lealtad firme a nuestros ideales comunes, que rechazan todo personalismo, toda discriminación inconveniente,

todo acto o hecho que no provenga del anhelo profundamente sentido de unidad y cooperación mutua.

Es por esto, que en este nuevo aniversario de nuestra Escuela de Economía, yo pido a todos vosotros, Dirigentes, Profesores, empleados, estudiantes y egresados, que mantengamos, por sobre todo, esta unidad indestructible; esta solidaridad a toda prueba; esta colaboración común que ha constituido y debe constituir la base fundamental de nuestra acción. Que nunca la rivalidad o la competencia desleal pisen el terreno del personalismo; que nunca la disensión, el odio y mucho peor la intriga, pasen por el umbral de nuestra puerta; que jamás la sombra de un acto o procedimiento inconveniente, manche la rectitud de nuestro camino, que ha sido y ha de ser siempre ancho y claro, en nuestro viaje hacia el porvenir; que si rivalizamos o competimos, sea en buena hora, por un solo ideal, por una sola cosa, el servicio desinteresado a nuestra Facultad, que ha de transformarse en servicio colectivo a la sociedad y a la Patria ecuatoriana.

Porque no hay que olvidar, que la obra modesta pero efectiva realizada por la Facultad en tan pocos años, no es el resultado individual de este dirigente o aquél Profesor o estudiante, aunque muchos se hayan distinguido singularmente por sus servicios; sino el producto de la acción mancomunada y conjunta de todos los componentes de nuestra Institución; de todos los que militamos en ella, porque todos hemos sentido una honda responsabilidad y hemos colocado nuestro grano de arena en la creación y diario perfeccionamiento de un Organismo que tiene que superar los límites del presente para encarnarse en el porvenir histórico de la Nación.

Otra de las razones que han contribuido a nuestros relativos éxitos, es la conciencia y la comprensión de las altas finalidades que está llamada a cumplir nuestra Escuela de Economía. Quienes tuvimos el señalado honor de participar, en alguna me-

dida, en su creación, sabemos que ésta no se debe al azar ni al simple deseo de incorporar a la Universidad una rama más de las ciencias, sino que su existencia brota de una necesidad sentida por la sociedad, por la Nación toda.

La dirección económica del país, como dijera el día de ayer, había permanecido no en manos de la técnica, que es conocimiento científico, que es previsión, sino en las de la rutina, la improvisación, el simple cálculo de los intereses individuales o de grupo; no en manos del saber, sino del empirismo que inmoviliza y petrifica; no en las de la ciencia generosa que tiende a buscar el beneficio de todos los miembros de la colectividad, sino en aquellas hábiles en los simples manipuleos y manejos que han de traer las enormes ganancias obtenidas a costa del sudor y la sangre del pueblo ecuatoriano. La comprensión, aunque quizás un poco tardía de esta realidad, determinó a la Universidad Central del Ecuador a la creación de la Escuela de Economía, hace ya quince años, que luego había de constituir, dada su importancia, la Facultad de Ciencias Económicas, en donde debían forjarse los hombres que, perfectamente equipados de los conocimientos de la ciencia y la técnica, y con un profundo amor a su pueblo, fueran los futuros conductores y guías de la economía nacional. De allí la trascendencia de esta Escuela y el sentido y magnitud de sus objetivos.

Ha sido, pues, la comprensión de tales fines, la trascendencia del papel que estaba llamada a desempeñar nuestra Institución, la profunda responsabilidad que significaba la formación del economista ecuatoriano, dotado de todos los atributos que lo llevaran a desempeñar y ser digno de tan alta misión, lo que nos ha inspirado y dado vigor permanente en nuestra marcha hacia adelante. ¿Cuáles debían ser esos atributos? He aquí el interrogante cuántas veces meditado y vuelto a meditar, en el afán de darle una acertada y conveniente respuesta, he ahí la preocupación constante que se ha expresado y continúa expresándose en una cotidiana inquietud de mejoramiento y superación;

he ahí la razón de este continuo bregar anhelante en busca del acierto en la dirección de nuestros pasos. El camino no estaba hecho para transitar fácilmente por él, sino que había que irlo trazando, desbrozando la maleza de los obstáculos, construyéndolo con los pocos materiales de que disponíamos. Ahora, después de algunos años, la respuesta es más clara y la meta, al comienzo un tanto desdibujada, se ha vuelto más precisa y cierta.

Queremos formar al economista ecuatoriano, al futuro dirigente de la economía nacional, dotándolo de todos los conocimientos científicos y técnicos fundamentales, alcanzados por el pensamiento económico universal, sin hacer discriminaciones teóricas perjudiciales y en cuanto constituyan verdaderas conquistas para el mejor servicio y bienestar de la humanidad. Es indudable que durante algunos años todavía, tendremos que importar teorías y doctrinas económicas de los grandes países, como importamos productos manufacturados; pero es indispensable y necesario que estos conocimientos no sean repetidos, trasplantados y mucho menos aplicados mecánicamente a nuestra realidad, tan distinta de otras realidades, sino que deben ser plenamente asimilados, digeridos, repensados, como he dicho alguna vez, de modo que se transformen en herramientas útiles para la mejor comprensión de nuestros propios problemas y la incesante búsqueda de sus adecuadas soluciones; es necesario no fiarnos demasiado de las fórmulas abstractas, las elucubraciones algebraicas y las frases hechas, que tratan de cubrir falazmente la realidad en que viven los hombres; es indispensable no olvidar que detrás de la pantalla cinemática de las aparentes relaciones entre las cosas y las cosas y los hombres, está la verdadera realidad de las relaciones de producción entre los hombres de carne y hueso, que lucran o trabajan y sufren. Es por eso indispensable no desvincular la teoría de la práctica, la ciencia, del hombre; de manera que la enseñanza no sea unilateral, sino integral y profundamente humana.

Es indispensable que esta adaptación de la teoría a la realidad, comience a expresarse en la elaboración por parte de los señores Profesores, de textos apropiados para la enseñanza, en los que se planteen las tesis correspondientes a países subdesarrollados, como el nuestro, y se vayan sentando así las bases, por qué no decirlo, de una doctrina económica latinoamericana, ecuatoriana; porque junto a nuestra lucha por desarrollar, dar personalidad e independencia a nuestra economía, debe estar también aquélla que nos libre de la —esclavitud— del pensamiento, que es la peor de las esclavitudes.

Aspiramos a formar al hombre que se mueva no sólo dentro de los estrechos círculos de la especialización y la profesión exitosa, sino que sea capaz de una amplia y profunda comprensión de los fundamentales problemas humanos, con fina sensibilidad para sentirlos y vivirlos; no sólo al científico capaz, sino al hombre de carácter y de una ética que no le permita doblegarse y poner su saber y su ciencia al servicio de los vedados intereses de los grupos dominantes y succionadores de la riqueza nacional, sino que sepa rebelarse, blandiendo su verdad científica, contra el dolo, la concupiscencia y la injusticia, que minan las bases mismas de nuestra economía; un hombre no desvinculado de la existencia de su pueblo, sino en íntimo contacto con él, cuya misión no sea la de contribuir a remachar los grilletes de su esclavitud y miseria, sino de buscar los caminos de su redención y liberación definitivas.

Ayer, en un momento emocionado, al colocar la primera piedra del edificio de nuestra Facultad de Ciencias Económicas, decíamos que para el economista ecuatoriano, el ejercicio de su saber, es más una misión, que una profesión; es más misionero que profesional. En verdad, el ejercicio profesional es algo que está en el terreno individual, personal; pero la labor del economista es ante todo función social, colectiva. Su acción en cualquier punto de la economía, ha de repercutir, en definitiva, en el todo social. Y esto es indispensable repetir y comprender, porque es

lo que eleva, dignifica y magnifica la función del economista, colocándola en el alto plano que le corresponde. Además, el economista tiene que ser el misionero de la verdad económica científica que disipe la niebla de los viejos errores y prejuicios que los intereses privados y de lucro, han ido amontonando a lo largo de nuestro vivir histórico nacional; ha de ser el adelantado y pionero en el descubrimiento de la realidad económica nacional, cubierta con la fronda de una palabrería insubstancial y vacua; y sobre todo, el constructor de una economía nueva, al servicio de las grandes mayorías nacionales.

Y ha sido este concepto de misión, de misión social, de mandato colectivo, que ha de cumplir y realizar nuestro economista, el que nos ha obligado a exigir del estudiante de economía, así como del Profesor encargado de formarlo, un máximo de responsabilidad y de esfuerzo, en el trabajo que a cada cual corresponde realizar; por eso hemos pedido a los señores Profesores que, elevándose sobre el plano simplemente burocrático, olvidando lo exiguo e insignificante de su remuneración, se entregaran, con el más alto espíritu de sacrificio a la tarea, de profundo sentido patriótico y nacional, de formar, con la plenitud de atributos que hemos señalado, al futuro dirigente de la economía del país, al economista ecuatoriano. Y hemos insistido ante los señores estudiantes, acerca de la necesidad de que comprendan, con toda claridad, la importancia y trascendencia de esa misión que están llamados a desempeñar, a fin de que pongan toda su inteligencia y voluntad, al servicio de una formación intelectual y moral, que ha de colocarlos a la altura de la gran causa de la cual tienen que ser verdaderos abanderados.

De ahí que cuando los señores Profesores exigen a los estudiantes un trabajo cada vez mayor y más efectivo; cuando se mide ese trabajo con la nota justa, sin malbaratar las calificaciones; cuando se insiste en la necesidad del cumplimiento del deber y el sentido de responsabilidad, no es que se esté pensando en cerrarle el paso al estudiante ni que esa conducta esté ins-

pirada en un inconcebible celo profesional; sino en el anhelo sano y elevado de equipar al alumno con todos los conocimientos indispensables; de un ardiente deseo de prepararlo y capacitarlo verdaderamente para la gran misión que tiene que realizar; en la necesidad imprescindible de seleccionar a los mejores, a los que más saben, a los que verdaderamente sienten la alta vocación de economistas y están dispuestas a conquistarse, con esfuerzo permanente, ese gran sitio de honor para servir a su pueblo. Ventajosamente, los señores estudiantes han comprendido, en su verdadera significación, este procedimiento, que nos ha permitido una justa y necesaria selección, basada únicamente en el mérito efectivo, en la capacidad, en la constancia, en el cumplimiento del deber, y ha permitido a nuestra Facultad, a pesar de su juventud, adquirir el prestigio de seriedad, de trabajo y pulcritud, que la ha colocado entre las primeras dentro de la Universidad Central.

Por eso hemos aspirado y aspiramos siempre, a que nuestro Organismo sea un ejemplo de laboriosidad, de corrección, de pureza de miras, donde se adquiriera un título no por el simple hecho de matricularse y dejar correr tranquilamente el tiempo, sino que constituya la justa recompensa del conocimiento seriamente adquirido, del esfuerzo tesoneramente realizado, de la conducta recta y la disciplina consciente, del desarrollo pleno de una personalidad reciamente formada en el trabajo, la solidaridad y el cultivo cotidiano de los más altos valores humanos, como son el honor, la generosidad, la limpieza en los procedimientos, el valor para decir la verdad y practicarla, la justa rebeldía contra la injusticia, en una palabra, todo lo que hace del hombre un ser útil a la sociedad y a la humanidad. Tenemos que desterrar todo lo que signifique simulación del conocimiento; lo que permita el ascenso en forma subrepticia y dolosa; la estafa intelectual que es, como siempre lo he dicho, quizás la peor y más denigrante de todas las estafas. Tenemos que desterrar el egoísmo que esteriliza y aísla; el individualismo que hace del yo el único centro del mundo y no mira sino su propio

interés; tenemos que educarnos para la cooperación, el servicio mutuo y el trabajo colectivo.

En verdad, dada la amplitud y crecimiento de las ciencias económicas; la complejidad de la realidad socio-económica del país; la responsabilidad que engendra toda opinión o resolución sobre tan importantes temas, es indispensable no fiarse en el simple conocimiento individual; en la vanidad personal del propio saber y conocer, siempre limitado y susceptible de error; sino que hay que estar abiertos al cruce de opiniones, a la discusión leal y franca, sin malevolencias ni segundo planos; al trabajo en equipo, en el seminario, a la mesa redonda, la comisión de estudios, el informe, etc., donde el intercambio de ideas, la suma de conocimientos y experiencias, la diversidad de los puntos de vista, vuelve más seguro el acierto y el éxito deseados. De ahí que haya visto con simpatía el propósito de los alumnos del Cuarto Curso, por ejemplo, de elaborar una tesis de grado conjunta, abordando algún estudio de significación nacional, que les permitiera esa coordinación de trabajo y esa suma de esfuerzos generosos destinados a una obra común.

Ha sido la comprensión justa de todos estos problemas, lo que ha permitido a la Facultad, irse desarrollando y madurando, sin conmociones ni sacudidas violentas, con paso seguro y firme, hacia el encuentro de sus propios objetivos y caminos; ha sido la persistencia de la obra de todos los días, la que nos ha llevado al mejoramiento y superación no sólo en el terreno intelectual, didáctico, sino también en el material, que ha culminado con la construcción del edificio de nuestra Facultad de Ciencias Económicas, cuya primera piedra hemos colocado el día de ayer, y que, como hemos dicho ha de ser la Casa de Estudios, el hogar intelectual, de profesores, estudiantes y egresados, unidos en la ardua pero magnífica tarea de construir el futuro económico del país.

Ahora, como en otros años, voy a tener el honor de proclamar a la SEÑORITA ECONOMIA 1956—1957. En ésta, como en otras veces, la justa caballerosa entre los estudiantes, por llevar a este sitio de honor a las más distinguidas de nuestras alumnas, ha tenido todas las características de la elevación y la cultura que distinguen los torneos realizados en nuestra Facultad. En este año se han disputado ese privilegio dos bellas y distinguidas estudiantes: María Luisa Rivadeneira, de Segundo Curso, y Cecilia Espinel, de Primero, ambas dignas de todos los elogios. La voluntad mayoritaria de los estudiantes ha dado el triunfo a María Luisa Rivadeneira, quien a más de sus magníficas cualidades físicas, posee elevadas dotes intelectuales y de simpatía, que la han hecho acreedora a la estimación de Profesores y alumnos de nuestra Facultad. Pero hoy, luego de los escrutinios finales, que han declarado el triunfo de María Luisa Rivadeneira, como acontece en todo torneo de alta cultura, no hay vencedores ni vencidos, y todos solidarios y unidos, proclamamos, con una sola voz, a María Luisa Rivadeneira como la SEÑORITA ECONOMIA 1956—1957. Cumplo, pues, a nombre de la Escuela de Economía y por mandato del Estudiantado, con el alto honor de ceñirle la banda que es la insignia que la acredita como a tal, expresándole, con mis mejores felicitaciones, la seguridad que tenemos de que ella será por sus magníficas cualidades, el símbolo de la obra fecunda que tenemos que realizar en el año de su período.

Termino por felicitar a la Asociación "Escuela de Economía", en la persona de sus Representantes, en especial de su Presidente, el señor Pedro Lanas, por el entusiasmo que han manifestado en la celebración de las fiestas de esta Semana, que han de ser perdurables en la historia de nuestra Facultad de Ciencias Económicas.